

LOS PASOS PERDIDOS O LOS VIAJES DEL ARTISTA

Diana Ospina Obando *

De aquí miro sentado sobre la antigua roca
—hoy cuando ya en mis ojos calla cansado el día—
miro hacia el ponto: nadie regresa. Soy yo mismo
el que, por ser más hombre retorné. Ni ya temo
la muerte; es en mi mente donde las inmortales
certezas han crecido, más allá de las sombras ¹.

Los pasos perdidos de Alejo Carpentier se inicia con un regreso. El protagonista, ese ser anónimo que deambula por una ciudad igualmente anónima, regresa, después de cuatro años y siete meses, al decorado teatral de la obra donde actúa su esposa.

Ruth, su mujer, está “condenada” noche tras noche a repetir el mismo papel y aunque la acción no se ha modificado en nada desde hace cuatro años y siete meses el paso del tiempo se nota en los objetos que han perdido su color, que se han reblanquecido paulatinamente. Nada está a salvo de la condena del automatismo, ni siquiera el arte, y esta actriz que debería encontrar en el tablado la oportunidad de transformarse una y mil veces, de caracterizar a Porcia o Medea quedó atrapada en este espacio atemporal donde sin embargo, está envejeciendo paulatinamente incapaz de armarse de valor para dejarlo, atrapada hasta la médula en la rutina, en la comodidad del suelo seguro, en el horror de aventurarse a un futuro incierto donde desconozca el decorado.

Pero el protagonista no está alejado de Ruth; él, a su vez, está atrapado en una rutina absurda, en una rutina en la que se supone también trabaja con fines artísti-

* Alumna carrera de Literatura.

1 Ramos, Oscar Gerardo. *La Odisea un itinerario humano*. Bogotá, Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo, 1970, pág. 166.

cos para descubrir desengañado que no es cierto que en últimas lo que realiza es simplemente lo que piden videos: comerciales, películas para vender...

Al desarrollar sus diferentes ocupaciones en horarios tan disímiles no logran verse nunca. De esta manera, el matrimonio y el afecto también son inundados por este tedio, por esta rutina. Cada séptimo día se desliza uno al lado del otro intentando con el cuerpo echar para atrás unos años que lo han echado a perder todo y por un instante, con el cuerpo, consiguen recordar algo de lo que fueron sus primeros tiempos. Esta es una idea que se desarrollará, como lo veremos más adelante, en el texto, el cuerpo como memoria, los sentidos como posibilidad de despertar los recuerdos más antiguos. Es así como aquí, en la gran ciudad, en la urbe gigantesca donde el idioma que se habla ni siquiera es la lengua materna el cuerpo se va durmiendo, entumeciendo y ya todo se vuelve hábito, costumbre. El amor y el deseo se desnaturalizan hasta el punto de no producir estremecimientos o sensaciones. Todo se limita a envolverse en la rutina que nos ha sido impuesta, esclavizados por el paso del tiempo:

Era como si estuviera cumpliendo la atroz condena de andar por una eternidad entre cifras, tablas de un gran calendario empotradas en las paredes cronología de laberinto que podía ser la de mi existencia, con su perenne obsesión de la hora, dentro de una prisa que sólo servía para devolverme cada mañana al punto de partida de la víspera ².

¿Qué aparente solución se presenta para romper el “castigo”? los excesos. La ciudad se multiplica en “moradas para olvidar el día”, los habitantes salen en la noche a buscar “los placeres que hacen olvidar el paso de las horas”. Falsa búsqueda por detener un tiempo que no saben vivir, un tiempo que transcurre a la velocidad de los carros que transitan, a la velocidad en que ocurren cosas por la calle. La ciudad margina, desarraiga y a la vez crea los espacios dentro de sí para que los habitantes creen que pueden olvidar esas sensaciones. El tiempo en la ciudad se dispara en un continuo futuro. No existe posibilidad de vivir el presente, embotados por las múltiples ocupaciones los años pasan casi sin que la gente lo percate porque está demasiado ocupada en cumplir una cita, en cumplir un horario, un trabajo, una rutina, proyectando siempre las expectativas hacia un futuro tal vez inmediato pero que no por eso impide que el presente se pierda en un sin fin de actos sin sentido.

Embotado el cuerpo y el placer, adormecidos los sueños y las aspiraciones, el protagonista descubre:

2 Carpentier, Alejo. *Los pasos perdidos*. España, Bruguera, 1983, pág. 61.

Lo difícil que es volver a ser hombre cuando se ha dejado de ser hombre. Entre el Yo presente y el Yo que hubiera aspirado a ser algún día se ahondaba en tinieblas el foso de los años perdidos³.

Sumergido en esta rutina absurda sólo empezará a reflexionar sobre ella cuando sale a vacaciones:

Roto el desafortunado ritmo de mis días, liberado por tres semanas, de la empresa nutricia que me había comprado ya varios años de vida, no sabía cómo aprovechar el ocio⁴.

Pero un cambio se avecina, los indicios nos van siendo dados poco a poco. En estos días de ocio que se le avecinan solitarios, su esposa ha partido de gira, y sin sentido el protagonista intenta buscar algo que hacer. Entra a una librería y duda en comprar una *Odisea*. Primer indicio de un texto que se desarrollará paralelo y en oposición a la experiencia del protagonista. Después viene el encuentro inesperado en la calle antecedido por:

La nube que reventó en lluvia aquella tarde, con tan inesperada violencia que sus truenos parecían truenos de otra latitud⁵.

Ya aquí encontramos esa noción de destino tan propia de las tragedias griegas. El encuentro aparentemente casual con un curador que conocía sus antiguas teorías sobre el origen de la música y le propone un trabajo que consiste en partir a la selva en busca de unos instrumentos musicales. Las excusas vanas que intenta esbozar el protagonista para escabullirse, se mira la muñeca y descubre que el reloj se ha detenido. El tiempo ya no está ahí para escudarse tras él. La cadena de las horas está rota y esta libertad tan nueva e incomprensible lo apabulla. Los indicios continúan, la naturaleza que se anticipa con su mensaje “de otras latitudes” y después Mouche, la amante francesa, esta especie de Circe-Hidra, que conoce los horóscopos y las estrellas. Mouche la amante desde hace dos años que le asegura haber visto el augurio en el cielo con las configuraciones de “la Hidra, el Navío de Argos, el Sagitario y la cabellera de Berenice”. El destino está marcado. El héroe se dispone para el viaje acompañado de Mouche a la que lo ata “más que amor una costumbre de los sentidos”.

Con el viaje el protagonista empieza un diario. Día a día relata las experiencias, el cambio se ha iniciado con la escritura, las horas ya no se desparramarán fugaces ante sus ojos, detendrá sus vivencias en el papel, reflexionará sobre ellas.

3 Ídem, pág. 24.

4 Ídem, pág. 15.

5 Ídem, pág. 110.

La llegada a esta ciudad latinoamericana marca el inicio del primer viaje del héroe el cual es un viaje interno por su propia historia. Primero será el encuentro con su idioma materno, con el idioma que había olvidado tras años de vivir en otra cultura. El idioma lo inunda y le dispara los recuerdos. Después vienen los sentidos, olores que le fueron familiares en su infancia, texturas que le recuerdan momentos exactos. De las penumbras de la memoria surge el recuerdo de María del Carmen, ese primer amor infantil que le producía toda clase de estremecimientos corporales ese amor que, aunque privado de cualquier intención sexual, lo perturbaba más que esa rutina que vive con su esposa o esa “costumbre” que mantiene con Mouche. El tiempo comienza a recogerse sobre sí mismo. Los recuerdos y las emociones afloran. Recuerda la narración de una salida a teatro hecha por su abuela; qué lejos está esa experiencia del tedio teatral en el que se ha sumido Ruth.

Las horas trascurren de manera distinta:

Las saetas de los relojes no mostraban prisa, marcando las horas con criterio propio de campanarios vetustos y frontis municipales⁵.

El tiempo se desacelera. Los objetos recuperan un sentido perdido. Las cosas hablan e inducen al viaje interno.

La revolución que estalla en la ciudad y que la sume en un caos de violencia y muerte es para el protagonista un nuevo despertar.

La proximidad de la muerte lo acerca a la vida y le infunde nuevas experiencias, es así como esa noche “fue la primera noche en mucho tiempo que dio descanso sin antifaz, ni drogas”.

En esta ciudad el héroe inicia un regreso “aún vacilante pero ya sensible a un equilibrio perdido”.

De la ciudad partirán a los Altos donde el viaje interno ha continuado sin tregua despertando al cuerpo y los sentidos. De los Altos saldrán al páramo. El tiempo se cierra sobre el mismo completando ciclos que habían quedado inconclusos. La *Novena Sinfonía* que durante tantos años se había negado a escuchar suena en el páramo cargada con todo su sentido, hablándole de él y de su padre, de los sueños que realizó y los que se frustraron. El círculo se cierra. Y de este “descenso interno” el héroe surge más fuerte, capaz de enfrentar a Mouche y resuelto a internarse a la selva donde iniciará el segundo viaje.

5 Ídem, pág. 110.

Esta vez el viaje no será tan sólo personal, será un retroceso a los orígenes mismos del hombre. Una vuelta al Génesis, a la creación del hombre, a la naturaleza virgen. Y después ingresará por cada una de las épocas del hombre. Atravesará el Medioevo, la época de los descubrimientos, el Renacimiento. Será Adán, será conquistador y fundador de ciudades, será uno y los mil hombres que habitan en él desde los tiempos inmemoriales. Pero en todo ese devenir constante se reencontrará con la esencia de su ser, con su verdad de artista que había olvidado tras la mentira de la rutina y la vida fácil. Vuelve a la música que había abandonado en las calles de la ciudad, en las manecillas del reloj. Liberado al fin del tiempo, a partir del apartado XXVII del quinto capítulo no vuelve a colocar fecha a las páginas del diario. El paso del tiempo ya es inclasificable con números y medidas temporales. El tiempo simplemente transcurre, el día pasa, se come cuando se tiene hambre, se duerme cuando se tiene sueño, se ama cuando lo pide el cuerpo.

Durante todo este itinerario la figura de Ulises ha estado muy presente, ya sea con alusiones y referencias a la *Odisea* o por personajes como el griego Yannes el cual navega siempre con este libro y lee a sus hombres las aventuras de Odiseo.

Me he basado sobre todo en un ensayo de Oscar Gerardo Ramos titulado *La Odisea, un itinerario humano*. Ramos se refiere de la siguiente manera de Ulises (u Odiseo):

En Odiseo, pues, se resume la exploración del hombre hacia la civilización. Homero entreveía en Odiseo a Grecia, como futura implantadora del pensamiento abstracto. La gran audacia que permitiría construir ciencia y organizar mentalmente el cosmos. Ulises inicia esa *Odisea*. Su época está todavía demasiado anclada en el pensamiento de lo concreto, en la preponderancia de lo mágico, en los ritos amenazantes. Él la desarraiga para adentrarla en una intelección, más fría, más libre, más humana ⁶.

Si bien nuestro personaje jamás consigue deshacerse del intelecto y la razón, si bien de una u otra manera mantiene la distancia con su entorno y lo poetiza o lo analiza también es cierto que la búsqueda de él sería contraria a la de Ulises. No es más “la exploración del hombre hacia la civilización”, sino al contrario la exploración del hombre civilizado hacia la naturaleza, hacia lo incivilizado. Ulises para Ramos es “un mitoclasta un destructor de mitos” y nuestro héroe lo que intenta constantemente es regresar a ellos, volver a la magia, a lo que no se puede entender, volver a la no razón.

Cuando Odiseo llega a la costa de los lotófagos donde se encuentra el loto que produce el olvido y el deseo de no regresar, éste toma a sus hombres a la fuerza y los regresa al barco.

6 Ramos, pág. 25.

Sólo se destaca a Odiseo que prefiere, a las dulzuras del olvido, la vida con sus incertidumbres, la vida con su pasado, la vida con su mañana. Eso es asumir la condición humana. Odiseo, además, no quiere que los compañeros olviden la patria. Es el ansia de regresar a la comarca mayoral, a su Itaca de montañas, hombres y villas, con una historia hecha y por hacer, lo que lo mueve a sustraerse del olvido. Ser hombre es ser negación del olvido⁷.

Para el protagonista de *Los pasos perdidos* este episodio tiene otro significado:

En ese mito veo como un reflejo de la irritación que causan siempre a la sociedad los actos de quienes encuentran, en el amor, en el disfrute de un privilegio físico, en un don inesperado, el modo de sustraerse a las fealdades, prohibiciones y vigilancias padecidos por los demás⁸.

He aquí una diferencia esencial. ¿Qué Itaca espera a este hombre civilizado? ¿Qué patria es la de un hombre “desarraigado entre dos adolescencias” vividas en lugares tan distintos?

El hombre contemporáneo desea el olvido constante, sustraerse del tiempo es lo más cercano al paraíso. Ingerir la flor de loto y no tener que volver a ninguna parte. Porque de alguna manera siente que ya no queda nada grande por hacer. La sociedad está formada e inundada por leyes, nuestro héroe ya no ambiciona regresar para construir la historia, para formar civilización y fundar ciudades, prefiere el olvido, el regreso a lo primigenio donde nada está hecho pero donde tampoco le están pidiendo que lo haga, donde sólo debe escucharse y seguir sus instintos.

Odiseo, pues, encarna al hombre civilizado que mira hacia otros pueblos, estudia otras naciones, padece el sufrimiento con entereza y aún en la procura de su salvación se compromete a redimir a sus semejantes⁹.

Acabados los grandes proyectos, el protagonista de *Los pasos perdidos* es héroe porque aspira a la empresa de redimirse a sí mismo. Ya no son las grandes salvaciones sino las individuales. En una sociedad que se ha deshumanizado el viaje del protagonista se trasforma en un viaje humano y por ende heroico.

Los pasos perdidos como en la *Odissea* el papel de las mujeres es fundamental.

Mouche, como lo había enunciado al principio, se acerca a Circe por la magia, por las patrañas, por el deseo de destruir de alguna manera al protagonista. Mouche es, al igual que él, un ser dividido, sin una patria u objetivos claros. No deja de ser

7 Ramos, pág. 61.

8 Carpentier, pág. 203.

9 Ramos, pág. 60.

irónico que el nombre Mouche en francés quiere decir mosca. Con el viaje se descubrirá su verdadera personalidad tras las múltiples máscaras que utiliza. La selva la limpiará de su belleza física la cual depende de productos artificiales para existir. Esta Circe contemporánea intentará atrapar al héroe y fallará en su intento.

Abandonada en la mitad de la selva, esta extranjera en todas partes partirá enferma pero conseguirá vengarse un poco cuando el protagonista regresa a la ciudad.

Después viene Rosario. Esta mujer pura, esta mujer que vive sólo en el presente que lo atrae y asusta por sus diferencias. Esta mujer alejada de cualquier "laberinto intelectual" que se entrega toda en su calidad de mujer que no cuestiona, ni espera nada. Esta mujer hermosa recuerda a Nausícaa, el último amor de Odiseo. Y aunque el protagonista se siente feliz y enamorado y aunque cree haber hallado su hogar en la selva junto a Rosario es el olvido de todo su pasado, lo único que no consigue dejar es su arte, su intelecto y para escribir y componer necesita papel, elemento que no consigue en la selva. Además, del otro lado del océano está Ruth, que se levanta en este momento como Penélope. Ruth es, de alguna forma, el cabo suelto que le impide entregarse libremente al amor de Rosario. Debe regresar para abastecerse de papel y aclarar la situación con esa mujer que espera del otro lado. Así que regresa y abandona a Rosario como Ulises lo hizo con Nausícaa.

Se inicia el tercer viaje, el de retorno. Reaparece el tiempo y vuelve a colocar la fecha en el diario como lo hacía antes. Ulises regresó y encontró a Penélope esperando; encontró su patria. Nuestro héroe regresa y descubre que Ruth efectivamente lo está esperando pero que en torno a esa espera ha creado un teatro donde despliega toda su capacidad histriónica. Esta farsa tejida durante su ausencia desprecia al héroe. La ciudad no ha cambiado, todo sigue igual y después del viaje puede ver más claro la vida absurda y vacía que había vivido hasta entonces; su deseo es regresar cuanto antes a la selva. Un último encuentro con Mouche lo convence de que ya no existe ningún amor que lo ate. Después de unos eternos trámites de divorcio sólo desea regresar a la selva.

Es en este momento que la historia se trastoca. Ulises queda feliz en Itaca junto Penélope, nuestro héroe descubre que su patria es la selva o que por lo menos así quiere que sea. Rosario no es Nausícaa abandonada en su isla, sino la verdadera Penélope que lo debe estar esperando para restablecer el hogar.

Se inicia el cuarto viaje. Pareciera que se va a cerrar el ciclo, que el héroe regresará victorioso a casa pero es aquí que Carpentier nos sorprende porque el tiempo en la selva sí transcurre y, tal vez, de manera más violenta y definitiva que en la ciudad. Todo ha cambiado no como en la ciudad en donde podía reconocer su pasado, los sitios por los que anduvo hace tiempo. La selva no tiene memoria y eso fue lo

que olvidó este héroe civilizado en su travesía. Nada, ni nadie lo espera. De Rosario le explican:

Ella no Penélope. Mujer joven, fuerte, hermosa, necesita marido. Ella no Penélope. Naturaleza mujer aquí necesita varón ¹⁰.

El héroe entiende entonces que “los mundos nuevos deben ser vividos antes que explicados” y que nada en ese mundo sin memoria puede ser suyo porque:

La única raza que está impedida de desligarse de las fechas es la que de quienes hacen arte, y no sólo tienen que adelantarse a un ayer inmediato, representado en testimonios tangibles, sino que se anticipan al canto y formas de otros que vendrán después, creando nuevos testimonios tangibles en plena conciencia de lo hecho hasta hoy ¹¹.

En *La Odisea*, es Homero el que escribe, no Ulises y esa es la gran diferencia.

Este artista es incapaz de deshacerse del tiempo como lo hacen Rosario y los otros habitantes de la selva, pero tampoco desea seguir viviendo esa vida prisionera de las horas. Nuevamente desarraigado debe continuar el viaje. Ya no puede detenerse. El tiempo no es circular, el tiempo estalla en espirales descendentes y ascendentes.

Soy dueño de mis pasos y los afino donde quiero ¹².

Eso es lo que ha cambiado para siempre. A pesar de todo, los pasos ya no están perdidos como antes.

El héroe, aunque no tenga proyecto, aunque no espere redimir a sus semejantes, aunque no tenga una Itaca y una Penélope aguardándole es dueño de su destino y se entrega al viaje, a la búsqueda continua, a la espera y, sobre todo, se entrega al arte.

10 Carpentier, pág. 277.

11 Ídem, pág. 278.

12 Ídem, pág. 269.